

Libro Complementario

Centro Intl. Para el Estudio de la Escuela Sabática

WWW.PMMINISTRIES.COM

Amor obediente: Abraham y Sara

Lección 2



Para el 14 de Julio del 2007

La historia de Abraham y Sara sigue donde terminó la de Adán y Eva: la pérdida de la igualdad de la mujer. Como resultado del pecado de Eva, Dios predijo que el hombre "señorearía" a su mujer (Gén. 3:16). Sara es ahora como la representante de este nuevo modelo: ella se somete a su esposo. El apóstol Pedro alaba a Sara por obedecer a Abraham y llamarlo "señor". "Así se adornaban en tiempos antiguos las santas mujeres que esperaban en Dios, cada una sumisa a su esposo. Tal es el caso de Sara, que obedecía a Abraham y lo llamaba su señor. Ustedes son hijas de ella si hacen el bien y viven sin ningún temor" (1 Pedro 3:5,6, NVI).

La palabra hebrea para "esposo" es ba'al que literalmente significa "señor". Baal, el dios local, era considerado por los cananeos como el señor de la tierra. En cambio, los israelitas debían reconocer a Yahweh como el Señor de la tierra y el Señor de sus vidas. En el hogar, el esposo debía ser el señor. Pedro alaba a Sara por mostrar el camino. Pero Pedro también advirtió a los maridos a no aprovecharse por ser el socio más fuerte, sino a tratar a sus esposas con respeto y consideración. Este principio dado por Pedro es para tener armonía en el hogar. Para mantener la paz, uno debía ser sumiso, mientras el otro debía ser considerado y respetuoso.

Además, no era que las esposas nunca recibían lo que deseaban.

Pedro dice que la esposa ideal debía ganar a su marido no con palabras sino por su conducta: la pureza y respeto en su vida. Pedro añade que la mujer de fe se hace hermosa ante Dios por su espíritu "apacible y afable" en vez de por la apariencia externa. Sara fue legendaria no solo por su belleza física sino por su belleza interior demostrada por su sumisión a su esposo. Pedro apoyó esto como un modelo para todas las esposas.

Dejar el hogar con el esposo

Hebreos 11 alaba a Abraham por su gran fe, demostrada primero por abandonar su tierra natal y salir como Dios le había indicado, viviendo como nómada que buscaba la Ciudad de Dios. Hebreos 11 no alaba a Sara por su fe. No es el tipo de fe de Abraham la que la hizo irse con él, sino fue por su disposición de seguir a su esposo dondequiera que él fuera.

Uno se puede imaginar la clase de conversación que podría haber seguido cuando Abraham dijo: "Sara, tenemos que salir de este lugar". Se podría perdonar a Sara si respondía: "¿Estás loco? ¿Por qué ahora? Estamos llegando a la edad de la jubilación y deberíamos estar pensando en descansar, no en mudarnos." Ciertamente, cuanto mayores nos volvemos, menos dispuestos estamos a ajustarnos a cambios. Dejar la seguridad de la familia y los amigos y comenzar la vida de nuevo puede ser muy estresante a cualquier edad. La edad avanzada en la cultura oriental era el tiempo de pensar en volver al lugar de la familia de dondequiera uno hubiera salido para hacer su fortuna.

Luego Sara podría haber preguntado: "Muy bien, ¿hacia dónde vamos?" Cuando Abraham respondiera: "No estoy seguro", Sara otra vez podría ser perdonada si dijera con incredulidad: "¡Tú no sabes! ¿A dónde vamos si no sabemos a dónde vamos?" Y cuando Abraham dijera: "Dios nos mostrará el lugar", Sara podría fácilmente haber dicho: "¿Qué pasaría si no te gusta allí? ¿No sería bueno saber a dónde estamos yendo?" Decidir qué llevar y qué dejar atrás es tanto más fácil cuando uno sabe a dónde va. ¿Cuántas esposas estarían dispuestas a seguir a sus esposos al saber que aun ellos no saben hacia dónde se dirigen?

Una cosa parecía segura: Ellos dejaban atrás la vida de ciudad y se dirigían a la vida de campo. Abraham le pidió a Sara que abandonara la comodidad de la civilización: un hogar sólido, agua corriente, un baño privado, mercados para compras. Vivir en una carpa puede resultar atractivo para una vacación, pero ¿para vivir por el resto de la vida? Es fácil imaginarse que la mayoría de las mujeres habrían ofrecido algún tipo de resistencia.

Pero la disposición de Sara de seguir a Abraham debe ser ensalzada. Ella no hizo preguntas y no hizo comentarios dignos de ser registrados.

Sacrificando los intereses de ella por los de él

La única vez que se registra que Sara tomó la iniciativa fue cuando sugirió una manera de ayudar a Dios a cumplir su promesa de un heredero, y luego para resolver el problema que su sugerencia había creado. Dios le había prometido a Abraham: "Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré" (Gén. 12:2). Esta promesa no había sido cumplida dentro de un tiempo que les pareció razonable, y Abraham y su esposa se volvían muy viejos. Cuanto más viejo eran, más seria era la falta de un heredero.

Abraham le había sugerido antes a Dios que él y Sara adoptaran a su siervo Eliezer (Gén. 15:3). Eliezer era probablemente el siervo principal a quien Abraham confiaba todo lo que tenía, y a quien envió para negociar una esposa para Isaac (Gén. 24). Algunas antiguas tabletas

de Nuzi [2] arrojan luz sobre la costumbre de que una pareja sin hijos adoptara a un siervo, o al hijo de un siervo para que heredara las riquezas. A cambio, el siervo adoptado acordaba asegurar a sus padres adoptivos una sepultura decente. Sin embargo, el contrato decía que este quedaría invalidado si la pareja posteriormente tenía un hijo propio. Abraham estaba dentro de su derecho legal de pensar en tal solución, una costumbre aceptada en su tiempo.

Sin embargo, Dios no estaba pensando en un hijo adoptado. El heredero sería el hijo biológico de Abraham. Dios insistió: "No te heredaré éste, sino un hijo tuyo será el que te heredaré" (Gén. 15:4). Algunos pasajes del Nuevo Testamento declaran que la simiente de Abraham no está formada por sus descendientes biológicos sino por los que tienen fe (Rom. 9:8; Gál. 3:7). Abraham y Sara podían pasar sin un heredero, pero Dios los necesitaba para que tuvieran un hijo de modo que se pudieran cumplir sus promesas. No solo la simiente debía ser biológica, como Dios les había dicho, sino también el Mesías debía nacer de la descendencia de Abraham (Gál. 3: 16).

Sara hizo una sugerencia para asegurar un hijo biológico. Después que estuvieron en Canaán diez años, ella sugirió que Abraham tomara a su criada, Agar, como segunda esposa (Gén. 16:1-3). Ellos habían adquirido muchos siervos durante su estadía en Egipto (Gén. 12: 16), y Agar bien pudo haber sido una de ellas. Otra vez, las tabletas de Nuzi ofrecen un paralelo. La esposa de una pareja sin hijos podía darle su esclava al esposo, reteniendo autoridad sobre cualquier niño que resultara de esa unión. Los contratos de Nuzi también afirman que el hijo nacido de una esclava heredaría toda la propiedad a menos que la esposa legal tuviera un hijo más tarde. Un hijo nacido así a Abraham podría haber cumplido la promesa de Dios de un heredero que "saliera de sus entrañas" .

Esto no habrá sido una oferta que Sara hiciera fácilmente. Ella debe haber considerado el asunto detenidamente antes de ir con esa sugerencia. El heredero sería de la simiente de Abraham pero no de la de ella. Significaba que ella estaba preparada para ser excluida de las promesas de Dios a Abraham por amor a él. Eso era un sacrificio tremendo. El hecho de que fuera Sara la que tuvo la idea, en vez de venir de Abraham muestra su disposición de hacer lo que fuera mejor para Abraham, sin tomar en cuenta las implicaciones que esto tuviera para ella. Ella no fue empujada a esta alternativa por otra esposa que competía con ella y que tenía hijos (como en el caso de Raquel y Lea). Fue su interés genuino de ayudar a su esposo.

Solo pocos meses más tarde, Sara se dio cuenta de su error. Tan pronto como Agar supo que estaba embarazada, comenzó a portarse en forma arrogante con Sara. Sara se quejó a Abraham diciendo: "Yo te di mi sierva por mujer, y viéndose encinta, me mira con desprecio; juzgue Jehová entre tú y yo" (Gen. 16:5). Abraham podría haber dicho: "Es cierto. Que él juzgue entre tú y yo. En primer lugar, ¿no fue tu idea?" Pero en lugar de eso, él dijo sabiamente: "Haz con ella lo que bien te pareciere" (Gén. 16:6). Sara no expulsó a Agar, pero le hizo la vida tan miserable que Agar huyó. Agar entonces se quejó ante Dios, quien la instruyó que volviera y se sometiera a su ama, Sara (Gén. 16:9). Así, se mantuvo la paz en el campamento.

Pablo añade todavía que los que intentan ganar la salvación por las obras están en esclavitud espiritual y tienden a perseguir a quienes dependen de la fe y la gracia para su salvación, y que están libres (Gál. 4:23, 29). El simbolismo es apropiado porque el intento de usar a la esclava Agar produjo un hijo en la forma natural, mientras que Sara, la libre, adquirió un hijo por fe.

El intento humano de Sara para resolver el "problema" de Dios resultó en varios otros problemas. Agar perturbó la paz de Sara con sus palabras y acciones después de quedar embarazada. La actitud de Agar trajo tensión a la relación entre Abraham y Sara. Ya medida que Ismael crecía, fue una amenaza para Isaac, quien naturalmente lo estaba desplazando. Abraham y Sara perdieron una sierva: primero cuando Agar huyó, y luego cuando ellos la

echaron. Los descendientes de Ismael siguieron reñidos con los descendientes de Isaac a lo largo de los siglos.

Poniéndose ella en peligro por amor a él

Aunque Abraham y Sara eran ambos hijos de Taré, no tenían la misma madre. Cuando Dios llamó a Abraham para que dejara su hogar, una de las preocupaciones de Abraham con respecto a un futuro desconocido se relacionaba con su hermosa esposa y hermanastra. Abraham temía que los paganos, entre quienes vivía, lo mataran para poder tener a Sara. Él pensó en una solución sencilla. Le pidió a ella: "Te pido que me hagas este favor: Dondequiera que vayamos, di siempre que soy tu hermano" (Gén. 20:13).

En efecto, lo que Abraham le dijo a Sara fue: "Si me amas, dirás una mentira". Ella podría haberle contestado: "Si me amas, no me pedirás que corra ese riesgo". Pero Abraham convenció a Sara que si se llegaba a saber la relación entre ellos, él sería muerto y Sara sería llevada. De esta manera, por lo menos la vida de él se salvaba.

No tenemos manera de saber cuántas veces usaron esta treta, pero sabemos que dos veces salió mal. La primera vez fue en Egipto. La segunda, en Gerar. Aun siendo anciana, Sara era de apariencia hermosa. En ambas ocasiones, fue el rey del país quien, oyendo de su belleza, y como le dijeron que era la hermana de Abraham, llevó a Sara al palacio para casarse con ella. Dios intervino y afectó a la casa real (Gén. 12:17; 20:18), Faraón acusó solamente a Abraham (no a Sara) de mentir (Gén. 12:19). Pero el rey Abimelec informó que no solo Abraham había dicho que Sara era su hermana, sino también Sara había dicho: "[Él] es mi hermano" (Gén. 20:5).

Es difícil imaginar cómo Abraham esperaba salir de esas posibles dificultades. Tal vez como su "hermano", él esperaba postergar los planes de matrimonio. Tal vez Abraham tenía tanta fe en Dios que él esperaba que Dios se encargara de cualquier problema que viniera. Sin embargo, parece más una demostración de falta de fe en Dios. De todos modos, Abraham parece haber estado principalmente preocupado por su propia seguridad. Él no expresó ninguna preocupación por la seguridad de Sara.

Sara podría haber dicho: "¿Y qué pasará conmigo? ¿Qué se espera que yo haga como esposa del rey?" Pero otra vez la obediente esposa fue sumisa a los deseos y al bienestar de su esposo. La siguiente vez, Abraham la instruyó para que repitiera otra vez la mentira, y Sara podría haber dicho: "Tengo miedo. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez? ¿Por qué tengo yo que afrontar todos los riesgos y tú en cambio recibes todos los regalos y un tratamiento regio?"

Afortunadamente, en ambas ocasiones Dios intervino para aclarar la verdad a los reyes paganos. Además, afortunadamente, la ética de los egipcios y cananeos fue superior a la de Abraham en este aspecto, y Sara fue protegida.

Risas en el hogar

Aunque Abimelec, rey de Gerar, había tomado en forma inocente a Sara, creyendo que era la hermana de Abraham, Dios cerró la matriz de todas las mujeres en la casa del rey. Irónicamente, resultó que Abraham, el hombre que no tenía descendientes y cuya esposa era estéril, fue el mediador en favor de la casa de Abimelec, de modo que sus mujeres pudieran otra vez tener hijos. "Entonces Abraham oró a Dios; y Dios sanó a Abimelec y a su mujer, y sus siervas, y tuvieron hijos. Porque Jehová había cerrado completamente toda matriz de la casa de Abimelec, a causa de Sara mujer de Abraham" (Gén. 20:17, 18).

Sara creyó que Dios le había impedido tener hijos. Catorce años después del nacimiento de Ismael, Sara tenía 89 años de edad. Los patriarcas cercanos al tiempo de Abraham tuvieron sus primeros hijos a edades entre los treinta y los treinta y cinco años. Taré nació cuando Nacor, su padre (con el mismo nombre que el hijo de Taré) tenía veintinueve años de edad. En comparación, cuando Dios les prometió un hijo a Abraham y Sara, ellos tenían más del doble de la edad en la que se podía esperar que tuvieran su primer hijo. Cuando Dios le dio la última seguridad, ellos tenían tres veces la edad promedio para el primer hijo.

Abraham vivió hasta los 175 años (Gén. 25:7). Sara murió a los 127 años (Gén. 23:1). Su hijo Isaac vivió hasta los 180 años (Gén. 35:28). Proporcionalmente, hoy podría ser como si Abraham y Sara estuvieran en la década de los cincuenta años. Muchos años habían pasado desde que Dios les hizo la promesa la primera vez. Obviamente, cuanto mayores se ponían, parecía menos probable que naciera el hijo prometido.

Pero Dios volvió cuando Abraham tenía noventa y nueve años, veinticuatro años después que hiciera el primer pacto con Abraham, y Dios otra vez le prometió multiplicar su simiente. No es sorprendente que Abraham pensara que era una broma. El registro dice: "Entonces Abraham se postró sobre su rostro, y se rió, y dijo en su corazón: ¿A hombre de cien años ha de nacer hijo? ¿Y Sara, ya de noventa años, ha de concebir?" (Gén. 17: 17).

Un poco más tarde, tres visitantes celestiales vinieron a Abraham, y mientras comían lo que Sara había preparado, uno de ellos predijo que el hijo prometido nacería un año después (Gén. 18:10). Como una típica mujer beduina, Sara se había quedado fuera de la vista pero no fuera del oído. Detrás de la entrada de la tienda de ella, se rió para sí misma cuando oyó la predicción (Gén. 18:12). Esa no era una risa de alegría, sino de incredulidad.

Sorprende que Dios no condenó a Abraham cuando se rió. Pero cuando Sara se rió, el Señor le preguntó a Abraham: "¿Por qué se ha reído Sara diciendo: ¿Será cierto que he de dar a luz siendo ya vieja?" (Gén. 18:13). Tal vez la diferencia fue que Sara se asustó cuando le preguntaron y negó haberse reído. Sara sostuvo: "No me reí", y Dios insistió: "No es así, sino que te has reído". Cualquiera haya sido la razón, ella trató de tapar su incredulidad con una mentira, y la conversación terminó con una nota muy incómoda.

Durante el intervalo entre las risas de Abraham y de Sara ante la repetida promesa de Dios, Dios les dijo que el nombre del hijo debía ser Isaac, que significa "él ríe" (Gén. 17:19). La palabra Yitzhak significa lo que el sonido expresa: una risa sonora, explosiva. Cuando nació finalmente el niño y le pusieron nombre, Sara añadió: "Dios me ha hecho reír, y cualquiera que lo oyere, se reirá conmigo" (Gén. 21:6).

Irónicamente, cuando Isaac fue destetado, aproximadamente a los tres años de edad, Ismael pensó que era su turno de reírse. En esa ocasión festiva que honraba a Isaac, Ismael fue dejado a un lado. La palabra hebrea para la risa de Ismael, metzahek, denota burla. Oyendo esa risa, Sara sintió que la presencia de Ismael era una amenaza e insistió que la madre esclava y su hijo fueran echados. Dios estuvo de acuerdo (Gén. 21:12), y Abraham, sabiamente, aceptó el pedido de Sara.

El sacrificio del hijo

Años más tarde, cuando Dios probó a Abraham al instruirlo que sacrificara a su hijo, Isaac, no hay registro de que Abraham compartiera esta información con Sara. Tal vez él conocía bien a su esposa y temió que la mujer, que había cooperado fielmente con todos los planes de Dios y de Abraham, se opondría ahora.

La fe de Sara aparentemente no era tan fuerte como la de Abraham. El libro a los Hebreos alaba a Abraham por su fe en estar dispuesto a ofrecer a Isaac como sacrificio, aunque describe a Abraham razonando que Dios podía resucitar a Isaac de los muertos (Heb. 11: 17-19). Santiago usa a Abraham como un ejemplo tanto de fe como de obras. Sigue diciendo que una persona es justificada por lo que él hace en respuesta a su fe (Sant. 2:24). Abraham fue considerado justo por lo que él hizo cuando ofreció a Isaac sobre el altar (Sant. 2:21). A Sara podría haberle faltado la fe para llevar a cabo un sacrificio real de su hijo.

Los cananeos habían practicado el sacrificio de niños durante siglos. Moloc y Quemaz, los dioses nacionales de amonitas y moabitas, requerían que los niños les fueran ofrecidos en un fuego. Los asirios, alrededor del año 800 a. c., ofrecían niños al dios Adramelec. Mesa, rey de Moab, ofreció a su heredero al trono cuando afrontaba una derrota en batalla (2 Rey. 3:27).

Abraham podría haber tenido una tranquila confianza en que Dios nunca le demandaría que hiciera lo que sus vecinos paganos hacían en su devoción a los dioses falsos. (Dios más tarde instruyó a los israelitas: "No des hijo tuyo para ofrecerlo por fuego a Moloc, no contaminarás así el nombre de tu Dios" [Lev. 18:21 D. El hijo de Abraham era el don de Dios. Imagínate la angustia de Abraham cuando Dios realmente lo instruyó que ofreciera a su hijo en sacrificio. Sin embargo, Abraham conocía la voz de Dios y confiaba en él. De hecho, él aseguró a sus siervos: "Volveremos a vosotros" (Gén. 22:5), razonando que Dios podía resucitar a Isaac de los muertos (Heb. 11:19).

No tenemos que juzgar la fe de Sara solo porque ella no está mencionada en la historia. Obviamente, la prueba fue solo la fe de Abraham. Él posiblemente luchó lo suficiente acerca de obedecer el mandato de Dios, y si le informaba a Sara habría sido más difícil para él.

* * *

Las bendiciones que Dios le dio a Abraham después que pasó la prueba incluyeron a Sara. 1) Sus descendientes llegarían a ser numerosos; 2) sus descendientes poseerían la tierra, y 3) por medio de sus descendientes, todas las naciones de la tierra serían bendecidas.

Si Abraham se caracterizó por su fe, Sara es un modelo de confianza: confianza en su esposo y en Dios. Pedro la alaba porque no dio lugar al temor. Eso, tal vez, solo fue posible porque ella confiaba completamente en su esposo. Sobre ese fundamento de confianza, ella pudo seguirlo a cualquier parte.

Referencias

1. Debo la información sobre la conexión entre Eva y Sara a Richard L. Strauss, Living in Love, www.bible.org/page.php?page_id=1289
 2. Una ciudad en el creciente fértil entre el Tigris y el Eufrates, donde se encontraron las tabletas que datan del tiempo de los patriarcas y que arrojan luz sobre las costumbres sociales de la época
-

Compilador: Dr. Pedro Martínez